

## Cine en Huelva: un festival de ambas orillas

*José Agustín Mahieu*

Hace ya veintiséis años nació el Festival de Huelva, con la vocación de unir España con los países iberoamericanos y con Portugal. Una variante inteligente para comunicar cinematografías variadas y distantes pero con muchos lazos comunes.

En este festival, como en todos, productores y directores muestran sus productos con la obvia intención de venderlos. No es fácil lograrlo: nadie puede competir con el gigantesco mercado de Cannes donde todo el mundo lucha por participar. Otros mercados tienen carácter estrictamente económico como el MIFED de Milán.

Este aspecto económico de la cuestión se agrava en los países marginales que tienen complicado competir con los más poderosos, como Estados Unidos. Algo semejante ocurre con los países latinoamericanos, desde siempre afectados por el difícil acceso a otros espacios (sobre todo Europa y Estados Unidos), sólo paliado desde hace poco por el aumento de las coproducciones con España. Ésta última también padece esa dificultad para exportar.

Como los festivales clásicos no bastan, España organizó en la última semana de noviembre del 2000, los segundos encuentros del cine español, cuyo objetivo es la promoción y venta de películas nacionales en el exterior. Asistieron cincuenta compradores extranjeros, no sólo de Europa sino también de Estados Unidos, Japón, Corea e Israel. Se efectuó en Lanzarote, un marco muy cinematográfico.

Volviendo al Festival de Huelva, hay que señalar una buena organización y una legendaria cordialidad andaluza para los amigos latinoamericanos. La programación fue seria y ofreció un aceptable panorama de países diversos: algunos tradicionalmente fuertes como Argentina, Brasil y México, y otros con una producción menos consolidada como Chile, Perú y Venezuela. También participaron Colombia (asociada con Venezuela y México) y Ecuador, coproducida por España, muy activa en sus inversiones en América.

*Coronación* fue la película que se llevó los principales premios y pertenece a Silvio Caiozzi, realizador chileno ya conocido por filmes como

*Julio comienza en Julio* (1979) y *La luna en el espejo* (1990) también basada en una novela de José Donoso. Caiozzi fue director de televisión y, en cine, director de fotografía y cámara en una docena de largometrajes, entre ellos *Palomita blanca* (1974) del mítico Raúl Ruiz (que también se exhibió en otra sección del Festival). Asimismo realizó vídeos (algunos premiados) como *Fernando ha vuelto*.

*Coronación*, basada en la primera novela de José Donoso, es una adaptación muy ajustada, aunque con algunas licencias temporales, de una visión ácida y barroca de la decadencia de una familia de altos linajes y paulatino empobrecimiento. Centrado en una abuela nonagenaria y demente, dos criadas buñuelescas y el heredero abúlico, fofo y reprimido, estalla el drama con la atracción, también reprimida, que despierta una joven criada (contratada para cuidar a la anciana) en el envejecido amo de casa, interpretado por un notable Julio Jung, también premiado.

Argentina, Brasil, México y Portugal fueron asimismo concursantes de calidad en el Festival, pero no hallaron demasiado eco en los premios, salvo en el caso muy especial del legendario director portugués Manoel de Oliveira, que a sus 92 años sigue realizando filmes excepcionales a un ritmo juvenil de dos por año. *Palabra y utopía* es la historia casi documental de un padre jesuita portugués del siglo XVII consagrado a las misiones en Brasil. Ardiente defensor de los aborígenes y polemista sagrado, tuvo enfrentamientos doctrinarios con la Inquisición. El filme es característico del gran autor de *El valle de Abraham*: denso, austero y audaz. Tuvo un premio especial del Jurado Internacional y el de mejor película otorgado por ASECAN (Asociación de Escritores Cinematográficos de Andalucía). En la representación argentina, cuatro filmes en la sección oficial a concurso, hubo un espectro de posibilidades muy diverso. *Las aventuras de Dios* de Eliseo Subiela, es casi tan pretenciosa como su título. No es raro en este autor (*Últimas imágenes del naufragio*, *El lado oscuro del corazón*) cierta línea provocativa que se acerca a lo experimental –algo surrealista de Breton a Magritte– pero sin dejar de ser espectacular. En esta última película, a pesar de algunos hallazgos fascinantes, el dispositivo chirría un poco.

*Una noche con Sabrina Love*, de Alejandro Agresti, recorre un camino opuesto: de filmes divertidamente audaces como *El acto en cuestión*, rodado en Holanda (donde residía hasta hace poco) ha pasado a una comedia que, sin dejar de ser algo provocativa, es más sencilla y comercial. Obtuvo el premio a la mejor actriz, Cecilia Roth.

*Estorvo*, filme brasileño de Ruy Guerra, discutido premio a la mejor dirección, está basado en una novela del cantante Chico Buarque. Discutible, pero no común, parece y probablemente esa sea la intención, una pesa-

dilla engendrada por la droga. Otro filme brasileño, *Villalobos*, de Zelito Viana, es una notable visión de la vida del gran músico Heitor Villa Lobos, pero no tuvo suerte.

*Ciudad de M.* (Perú), *Oro Diablo*, (Venezuela), *O Fantasma* (Portugal), *Los días de la vida* (Argentina), *En un claroscuro de la luna* (México) y *La toma de la embajada* (Venezuela-México-Colombia) del colombiano Ciro Durán, completaron la sección a concurso. De este grupo, la última fue la mejor.

En ciclos paralelos hubo obras interesantes, como *Amores perros*, filme mexicano de Alejandro González Iñárritu. Es su primer largometraje aunque tiene experiencia en televisión. *Amores perros* es una obra sorprendentemente madura, pese a ser un filme inaugural, pero además posee una intensidad y violencia que van parejas a su originalidad expresiva. Dividida en tres partes, cada una con perros como *Leit-motiv* unificador, este filme fue uno de los momentos más altos del certamen.

Otra obra destacable fue *El polvorín* del serbio Goran Paskalevich. Estrenada sin pena ni gloria en Madrid, merece una atención especial por sus virtudes expresivas, y también por la fuerza de su radiografía de un país en dramática crisis: Yugoslavia.

La sección Rábida Largometrajes agrupó una serie de filmes de Argentina, México (el ya citado *Amores perros*), Ecuador y Perú. Allí pudo verse, entre otros, el curioso *Un amor de Borges* de Javier Torre, una visión bastante exacta del joven Borges basada en un libro de Estela Canto. *Esperando al Mesías* del argentino David Burman y *La ley de Herodes*, del mexicano Luis Estrada, fueron dos filmes interesantes en este ciclo paralelo.

A México se dedicó esta vez un ciclo monográfico que incluía películas más o menos recientes. La excelente *La mujer de Benjamín*, por ejemplo, es de 1990. México es uno de los países con mayor tradición cinematográfica y si bien su producción actual está muy lejos del centenar de películas que llegó a estrenar en su pasado, posee valiosos cineastas, junto al más conocido en el exterior, Arturo Ripstein, reciente ganador de San Sebastián con *La perdición de los hombres*.

En la parte ceremonial, ya inevitable en estos certámenes, un homenaje al gran actor argentino Federico Luppi fue el primero; el segundo fue dedicado a Sara Montiel; o sea un acto serio para cinéfilos y uno más apropiado para las revistas del corazón. Ambos cumplieron elegantemente con su cometido.

Ambos homenajes se complementaron con sendos ciclos de películas interpretados por ellos. El de Luppi incluyó nueve filmes, entre ellos títu-

los tan notables como *La Patagonia rebelde*, *Tiempo de revancha*, *Un lugar en el mundo* y *El romance del Aniceto y la Francisca*. En cuanto a Sara Montiel se le dedicaron seis, desde *Locura de amor a Veracruz*, su filme más valioso.

Una mesa redonda sobre Buñuel donde participó el doctor Barrios, médico y amigo del creador de *Viridiana*, cerró el capítulo de conmemoraciones, con una retrospectiva de algunas de sus obras, más el documental *A propósito de Buñuel*, realizado por José Luis López Linares y Javier Rioyo.

Una extensión de actividades conexas fueron las reuniones sobre distribución –problema siempre pendiente de las cinematografías iberoamericanas– la coordinación de festivales dedicados a la difusión de estas cinematografías y las mesas redondas sobre diversos temas. La marginación social y económica de la infancia y la juventud en América Latina fue tratada en esta edición del Festival, y una serie de películas ilustró ese problema candente y no resuelto.

Huelva, tras veintiséis años de existencia, es el más antiguo portavoz de las cinematografías iberoamericanas y, junto con La Habana, Biarritz y Miami cumple una función de comunicación e intercambio cada vez más necesaria en un mundo donde el acoso de las multinacionales del espectáculo crece inexorable.

Además, parece haberse consolidado, tras algunos años inciertos, con un apoyo oficial del que careció en sus principios quijotescos. Sin embargo, pese a esos cantos de sirena, mantiene una línea de seriedad y compromiso.